

ventos, y aun descubierto el Santísimo Sacramento, por la salud de este insigne varón; y en el de los Religiosos de San Agustín hicieron Disciplina de Comunidad por él en el coro, y después una Misa cantada porque Nuestro Señor le diese salud. Pero al fin, él pudo tanto con sus oraciones y deseos de irse á ver con su Divina Majestad y su Santísima y devotísima Madre, que se los cumplieron, llevándolo para sí la víspera de San Bernabé, á 10 de Junio, año de 1603, no teniendo de edad más de 33 años. Murió recibidos con mucha devoción los Santos Sacramentos y durándole muy vivo y entero el juicio. Quedó su rostro muy hermoso y apacible, y con tal serenidad que causaba devoción y consuelo; con los miembros muy tratables y flexibles en señal (como se decía) de la pureza virginal que siempre había guardado. Los tres años había vivido en esta Provincia de Nueva España, habiendo venido á ella de Castilla, siendo Hermano estudiante de la Compañía. Y es cierto que aunque vivió tan poco, fué uno de los sujetos que más ilustraron nuestra Mexicana Provincia, y la edificaron con sus excelentes virtudes. Y la suave memoria del P. Antonio Arias, quedó impresa en los corazones de todos.

Luego que comenzaron á doblar en nuestro Colegio, hicieron lo mismo en diversas Iglesias de la Ciudad, y el Sr. Arzobispo envió á decir no lo enterraran hasta que su Señoría viniese á hallarse al entierro, como lo hizo. Fué grande el sentimiento que causó su muerte, así en los nuestros como en la gente religiosa, seglar y Eclesiásticos de la Ciudad, derramando todos muchas lágrimas, y dando muestras de lo mucho que lo amaban, por el gran concepto que de sus letras y santidad tenían. A su entierro concurren religiosos de todas órdenes, la mayor parte de los Cabildos Eclesiástico y secular. La gente más granada de la Ciudad; el Sr. Obispo de Chiapas, D. Antonio de la Cadena (que entonces se encontraba en México); vino el Ilustrísimo Arzobispo, el cual, luego que entró en la pieza donde estaba el cuerpo del difunto, dijo con grande ternura y sentimiento que no lo había perdido la Compañía, sino su Señoría, porque pensaba y esperaba ayudarse de él en negocios de mucha importancia por las grandes partes del caudal de letras y santidad que en él había conocido. Díjole su Señoría un responso, y habiendo venido la Capilla de la Iglesia Catedral, le cantó otro. Y con este acompañamiento, lo llevaron los nuestros en hombros hasta la Iglesia, donde con grande sentimiento y lágrimas de todos fué sepultado. El día siguiente, la Ilustre Congregación de la Virgen, que había tenido á su cargo el P. Antonio Arias, y que tanto la había adelantado en devoción con su Santa Doctrina, trató de celebrar sus honras con un novenario de Misas cantadas, que repartieron entre sí Prebendados de la Iglesia Catedral, y Doctores de la Universidad, viniendo la Capilla de la Catedral á oficiarlas con su música; y rematando las honras con oración fúnebre que recitó un Maestro de la Universidad, Damián González de Cueto; y el sermón que predicó el Doctor Pedro de Soto, Catedrático de filosofía, habiendo puesto estos afectuosos Congregantes un retrato de su P. Antonio Arias en su túmulo. En otros cuatro Conventos de religiosas, que habían participado de la Doctrina del P. Antonio Arias, se le dijeron otros tantos Novenarios de Misas, y en él, uno de ellos fueron de las nueve Festividades de la Virgen Santísima, sabiendo cuán devoto Capellán había sido el Padre de esa

soberana Señora toda su vida. Y todas fueron demostraciones de la grande estimación que siempre se hizo en la Ciudad y Provincia de México, de las letras, religión y ejemplos de admirables virtudes que nos dejó varón tan santo; y podemos entender, que el que con ellas tanto fruto hizo en la tierra, goza de los abundantes premios que con ellas mereció, habiendo pasado al cielo.

## CAPITULO XV.

VIDA, VIRTUDES Y DICHOSA MUERTE

DEL MUY RELIGIOSO

P. CRISTÓBAL BRAVO, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, AÑO DE 1609.

Muy buen lugar merece en esta nuestra historia la muy religiosa vida y virtudes del P. Cristóbal Bravo, antiguo en la religión, profeso de cuatro votos y grandemente benemérito de nuestra Provincia de Nueva España, en púlpito, cátedra, en ministerios, así en Españoles como en Indios tarascos, que con grande ejemplo de humildad ejerció por muchos años. Y para escribir la vida de este santo varón, me pareció poner aquí á la letra la carta que de ella escribió el P. Rodrigo de Cabredo, Visitador que fué y después Provincial de esta Provincia, avisando en ella de la muerte de este santo varón, como se usa en la Compañía, y dice así: «Nuestro Señor ha sido servido de llevarse para sí al P. Cristóbal Bravo, mi compañero, de una enfermedad bien penosa, de retención de orina, que le acabó en diez días, sin que bastasen todos cuantos remedios se le hicieron, que fueron muchos. Yo he quedado con la pena y sentimiento que mis carísimos Padres y Hermanos podrán pensar, por haber perdido un tal compañero que era como yo lo podía desear y como lo había de menester la Provincia, por su gran verdad, fidelidad, secreto, prudencia y mansedumbre. Y aún crece mi sentimiento con acordarme lo que ha perdido la misma Provincia en un tan importante sujeto. Sólo tiene de consuelo esta pérdida, la ganancia de su alma y el haber sido Nuestro Señor servido de ello para glorificarla; cuyo divino beneplácito y ordenación, aunque haya sido con la mortificación nuestra, debe ser de nosotros venerada, reverenciada y agradecida.

«De las virtudes del P. Cristóbal Bravo habría mucho que decir: fueron tan conocidas en la Provincia, que nadie habrá en ella que no las sepa, y así abreviándolas en suma, digo: que aunque parece se verifican con él aquellas palabras que del Santo Job se dicen en el capítulo primero de su historia: *Erat vir simplex et rectus, timens Deum et recedens a malo*. Varón sincero, temeroso de Dios y que se apartaba del mal; pero en lo que más me parece se esmeró, fué en las virtudes de humildad y obediencia. Verdaderamente fué humilde sin resabio de altivez alguna, pues con tener el caudal de letras que tenía y haber servido tanto á esta Provincia, con todo, su proceder era como de un novicio muy encogido, y tal, que cuando yo le consideraba en muchas ocasiones, me confundía y movía á dar gracias á Dios de haberle he-

cho tan humilde. Y aunque de esto podía traer muchos ejemplos y muy singulares, pero baste por todos aquel que habiendo venido de España con nombre de tan escogido estudiante, acabados ya sus estudios, y que se entendía le habían de ocupar desde luego en materias de letras; no habiéndosele dado esa ocupación, sino que enviándole á Pátzcuaro á que aprendiese la lengua tarasca y se dedicase á los Indios, aceptó esto con muy grande alegría y la aprendió aventajadamente para predicar y confesar, dedicándose á la ayuda de los Indios, en que estuviera toda su vida con grande consuelo, si la obediencia allí le dejara, como yo supe de él. En la obediencia fué muy singular, rendido siempre á cuanto los superiores de él quisiesen disponer, sin réplica ni turbación ninguna. Bien se vió esto en la variedad de ocupaciones que en esta Provincia tuvo, á todas las cuales acudió con grande rectitud y prontitud, no hallando los superiores en él dificultad alguna para cuanto le mandaban, fuese alto, fuese bajo y humilde. Díjome alguna vez, que su deseo era que jamás en lo que los superiores quisiesen disponer de él, mirasen á su consuelo ó desconuelo, sino á lo que fuese mayor gloria y servicio de Nuestro Señor, aunque hubiese de ser con grande mortificación suya: que esperaba en su Divina Majestad le ayudaría para ejecutarlo sin réplica, y así nunca reparó que habiendo tenido algún puesto honroso, le bajasen luego á otro humilde, sino que con la misma alegría acudía á todos.

«Al fin la fruta estaba madura, con mucha oración, devoción y mortificación, y ejercicios de virtudes, y muchos santos trabajos en ayuda de los prójimos y muy en particular de los Padres y Hermanos de toda esta Provincia, ayudando tanto tiempo como ayudó á los Padres Provinciales de ella, y á mí con una continua asistencia, y así quiso el Señor llevarle para ponerle en su mesa, habiendo casi 33 años que estaba en la Compañía, dándonos estos ejemplos desde que entró en ella en el Colegio de Alcalá el año de 1577. Y cuando no tuviera más prendas que las dichas de su santa vida, bastaran las que nos dió Nuestro Señor con las mercedes que le hizo en su enfermedad y muerte, que fueron muy singulares. Porque siendo la enfermedad tan trabajosa y penosa, fué su paciencia y tolerancia grandísima, su igualdad de ánimo con la voluntad de Nuestro Señor maravillosa. Gozabase mucho cuando se acordaba que caminaba tan apriesa á gozarle, y cuando nos veía tristes decía que si teníamos fe no había causa de tristeza, sino de grande gozo, pues el morir era para ir á gozar (por la misericordia del Señor) de las grandes cosas que creemos. Y cuando le decían los médicos que el pulso perdía tierra, respondía con grande gozo, gracias á Dios que gana el Cielo.

«De esta manera duró en medio de grandes angustias y congojas de la enfermedad, haciendo coloquios con Nuestro Señor y besando un Cristo hasta la última boqueada; que hasta allí le duró el juicio muy entero, todos los sentidos y la voz, habiendo en los diez días comulgado tres veces, y recibiendo la Extremaunción el último de ellos, respondió él con grande devoción á ella.» Hasta aquí el Padre Visitador, resumiendo brevemente las virtudes del P. Cristóbal Bravo (como él mismo lo dice). Porque es cierto que se podía alargar más en referir las amabilísimas y edificativas virtudes de este santo varón, que conocí y traté algún tiempo, reconociendo en él una junta muy agradable de humildad con gran talento de letras, en especial las morales

para ayuda de las almas, y otra unión no menos estimable que la pasada, que fué su mucha prudencia junta con una singular suavidad, que á todos se hacía amable. Decía el Ilustrísimo Arzobispo de México, que lo conoció y trató en su tiempo, que no le habían de llamar Bravo, sino cordero. Llevósele Dios al cielo el año de 1609, y está enterrado en la Iglesia de nuestra Casa Profesa de México, con los muchos varones santos que en ella descansan, hasta el día de la resurrección universal.

## CAPITULO XVI.

VIDA Y DICHOSA MUERTE DEL VENERABLE

P. FRANCISCO BAEZ, MUY SEÑALADO EN EL TALENTO DE GOBIERNO  
CON QUE GOBERNÓ MUCHOS AÑOS  
EN LA PROVINCIA DE NUEVA ESPAÑA, AÑO DE 1619.

Previno Nuestro Señor á este señalado varón y grande siervo suyo, para traerlo á la Compañía desde sus tiernos años, para que los muchos que había de vivir en ella la ayudase así con el ejemplo de sus excelentes virtudes, como con el dón de gobierno que en ella por mucho tiempo había de ejercitar. Nació en la ciudad de Segovia, de padres muy honrados, que lo enviaron á estudiar á la Universidad de Salamanca, donde con nombre de mozo virtuoso y muy recogido estudiaba la facultad de cánones, cuando Nuestro Señor le llamó para la Compañía, y habiendo sido recibido en ella, pasó su noviciado con grande ejemplo de religiosa observancia. Estudió después las artes y Teología, con tanto aprovechamiento en estos estudios, que lo mostró en actos públicos, que tuvo con mucha satisfacción de sus maestros y oyentes, y por otra parte, con tantas demostraciones de religión y prudencia, que antes de ordenarse de sacerdote, y siendo todavía Hermano estudiante, lo hicieron Ministro en un Colegio tan principal como el de Valladolid en Castilla, donde es de creer no faltarían muy cabales sujetos, cuando á él tan temprano lo ponían en este oficio y en ausencia del Padre Rector por vice-rector de él, sin ser sacerdote, como se ha dicho, ejercitando este oficio con grande satisfacción de todos. Estando, pues, ya ordenado de sacerdote, fué señalado el año de 1586 para que en compañía de otros escogidos sujetos que traía el P. Pedro de Hortigoza, que había ido por Procurador á Roma, pasase el P. Francisco Baez á nuestra Provincia de Nueva España para mucho bien de ella, en la cual vivió con eminente ejemplo de virtud más de 30 años, y por haber comunicado Dios Nuestro Señor á este venerable varón entre las demás virtudes de su divina gracia, un singular dón y talento de buen gobierno, y tal, que la mayor parte de su muy religiosa vida lo empleó la santa obediencia en este ministerio tan difícil de ejecutar y ejercitar, que el gran Pontífice de la Iglesia lo llamó (§ 1º, lib. Pastor, cap. 1º) *Ars artium regimen animarum*. Daré principio por los oficios que tuvo y excelentes virtudes que resplandecieron en tan prudente y santo Superior.

Fué Rector de los Colegios de Tepotzotlán, Oaxaca, Valladolid y Pátzcuaro mucho tiempo; Rector de México más de 6 años, Prepósito de la Casa Profesa; fué Maestro de novicios y de los Padres de tercera probación muchas veces, fué compañero y Secretario del Provincial P. Antonio de Mendoza, que después fué asistente en Roma, y después de todos estos oficios, fué el P. Francisco Baez Provincial, á los cuales se añadió que dos veces fué por Procurador á Roma, y volvió de allá á su Provincia de Nueva España. De manera que podemos decir que en los caminos que anduvo en su primera venida á las Indias y sus dos vueltas á Roma, hizo cinco viajes de más de tres mil leguas de mar y tierra, sin otros muchos millares que caminó los años que visitó su Provincia, y también parece que podemos decir que los Superiores no acertaban á dejar de la mano á este señalado y prudente varón, sin ocuparlo en cargos de gobierno. Tan grande era el talento que para tales oficios Dios le había dado. Cuando fué por Procurador á Roma, por todas las partes, casas y Colegios por donde pasaba, iba dejando tan grande nombre y buen olor de su santidad y talentos, que con ser pocos los días de comunicación que con él tenían, no se podía encubrir la luz y dón de prudencia que Dios Nuestro Señor le había comunicado, y así los Padres más graves de las Provincias de España, Francia é Italia por donde pasaba, envidiaban y daban parabienes á la nuestra de Nueva España por un tan grande sujeto, diciendo á sus compañeros «que estimasen en su Provincia al insigne varón que Dios le había dado, y que si en los breves días que le habían tratado, habían reconocido tanto de virtud, afabilidad religiosa y santidad en el P. Francisco Baez, que dejaba tal olor de sí, qué será á los que le gozan de asiento en su Provincia.»

Por reconocer Nuestros Padres Generales tales partes y talentos en el P. Francisco Baez, apenas le dejaban descansar de un oficio cuando le encargaban otro, no obstante que él tenía muy grande repugnancia de entrar en ellos; lo cual en particular se le conoció la primera vez que vino señalado por Provincial, que habiéndolo sabido por carta que tuvo de Roma antes que otros lo supiesen, lo encubrió sin dar parte á ninguno de ello, y aún después que lo supo procuró que se dilatase la ejecución y entrar en el cargo por algunos meses, hasta que sabiéndolo los Consultores de Provincia le obligaron á que desde luego lo ejercitase; y confirmóse la repugnancia que este santo varón tenía de ser superior y mandar, en que cuando llegó de España el que había de suceder en el provincialato, aunque tenía orden de Roma para proseguir en su oficio otros seis meses, no quiso usar de esta orden, sino que luego le entregó á su sucesor, porque deseaba verse libre de cargos, y escribió varias veces á Nuestros Padres Generales pidiendo le desocupasen de oficios de gobierno. Cuando la segunda vez fué elegido en la Congregación Provincial por Procurador á Roma, estando ya de camino en la Puebla de los Angeles para su jornada, recibió carta para que gobernase otra vez la Provincia, y no quiso usar de esta facultad como pudiera, sino pasar adelante con su largo viaje; y aunque muy trabajoso por su edad muy adelantada y falta de salud, que allí le sobrevino, pospuso cualquiera comodidad suya y escogió los grandes trabajos que esperaba y padeció después en el camino y navegación á Roma, por servir á la Provincia (como él decía) y por verse libre de gobierno.

A los talentos que Nuestro Señor había puesto en este insigne varón, acompañaron sus excelentes y religiosísimas virtudes. Su humildad (fundamento de las demás) fué siempre grande y constante. Procuró esconderse y arrinconarse, dando muestras de sentimiento de que le estimasen ó las diesen de estimarle, por los oficios que en la Compañía había ejercitado; huyendo muchas veces de los concursos públicos, porque no se hiciese con él demostración alguna de honra, y así cuando no podía excusarse hallarse á estos concursos, buscaba los posteriores lugares, cediéndolos á otros aunque fuesen muy inferiores, dejando con esto muy edificados á los que le conocían y advertían, y procuraban sacarlo de los lugares ínfimos en que él se ponía, para ponerle en los que se le debían á su autoridad. De aquí también nacía que el tiempo que no era Superior, aunque viviese en las casas donde acababa de serlo, en ninguna manera se entrometía en cosas del gobierno de ellas, ni daba muestras de sentimiento porque alterasen en algo lo que él dejaba entablado, y aunque á veces no faltaba quien con algún sentimiento lo notase, él en ninguna manera lo mostraba, antes sonriéndose, con buenas palabras y afabilidad divertía la plática diciendo: «Ahora convendrá que se mude esto, aunque cuando yo lo disponía de otra manera, parecía que así convenía hacerse, pero no son todos los tiempos unos, ni siempre conviene hacerse unas mismas cosas,» y tal vez sucedió que juzgando que cierto Superior se había desabrido de un parecer que él había dado, y en cosa de poca importancia, se hincó de rodillas pidiendo perdón de la ocasión de pena que le había dado.

Los dones y dotes que también resplandecieron y se notaron mucho en todos los oficios y gobiernos que tuvo el P. Francisco Baez, fué el primero, un celo grande del bien y aumento de la Compañía, y supo juntar con este celo una suavidad tan propia de Padre, que ni por ésta perdía de la eficacia que era menester para ejecutar lo que ordenaba, ni la eficacia con que lo ejecutaba le hacía menos apacible con sus súbditos; porque aunque fuese difícil lo que mandaba, y el súbdito tuviera alguna repugnancia en ejecutarlo, pero el Padre lo disponía, y sabía modificar y sacrificarlo de suerte que, aunque fuese cosa muy difícil, la hacía muy sabrosa y suave, y decían sus súbditos que el modo que tenía en mandar las cosas, les obligaba á ejecutarlas con gusto, venciendo cualquier repugnancia ó dificultad que se ofrecía en ellas. El segundo, fué un muy grande cuidado de que se cuidase del regalo de los enfermos, y para esto los visitaba él mismo varias veces al día, y la primera visita que hacía al salir á la mañana de su aposento poco después de la oración, era al venir las medicinas que hubiese ordenado el médico; y tenía ordenado al enfermero, que cada noche, por tarde que fuese, antes de irse á acostar fuese primero á su aposento á darle cuenta en particular de cómo quedaban los enfermos, si se les habían hecho las camas y aplicado las medicinas que el médico había ordenado. Y esto, que él siendo Provincial ejecutaba, procuraba que lo hiciesen todos los Superiores en sus Colegios. Pero cuando ya el enfermo estaba con riesgo, eran muchas más las veces que lo visitaba, haciendo que en su presencia se le aplicasen las medicinas y se acudiese á otras cosas que eran menester, aunque fuese necesario para esto detenerse dos ó tres horas presente, como lo hizo algunas veces.

Reconocióse en él siempre un afecto muy de Padre para con todos, y tan general, que cada cual pensaba que él era á quien hacía más caridad que á otros, según que á todos se mostraba apacible y con tal alegría de rostro, que mostraba que los tenía en su corazón. De lo cual se seguía, que en sus trabajos y aficciones particulares acudían á él sus súbditos por consuelo y consejo, y le alcanzaban muy á satisfacción, y universalmente era amado y querido de todos, mirándole siempre cada uno como á su Padre. Y era de ver esto más en particular en su última enfermedad, de que todos hablaban con gran sentimiento, deseándole la salud y vida, para que con su presencia honrase á esta Provincia; y así á porfía se convidaban á acudirle y velarle en su aposento las noches que fué menester hacerlo, porque alegaba cada uno razones particulares y obligaciones que tenía para ello, envidiando á los que les cabía la suerte de asistirle y no era mucho, porque verdaderamente fué un varón *sine querella, et amabilis omnibus*, de manera que notaron no pocos de la caridad y afabilidad del P. Francisco Baez, que esa resplandecía más en él para con aquellos de quienes no había recibido buenas correspondencias, con los cuales mostraba más humanos y afables respetos. Lo tercero, fué persona de muy acertado consejo, lo cual se echaba bien de ver en las consultas en que se hallaba, y aun lo notaron y tenían conocido personas muy graves de fuera de la Compañía, haciendo argumento de lo que les había pasado en cosas de grande importancia que le habían comunicado; entre ellas, fué uno el excelentísimo D. Luis de Velasco, Marqués de Salinas, dos veces Virrey de esta Nueva España, que estimó en mucho su parecer y consejo. Ya hacía tiempo que de vuelta del Virreinato del Perú estuvo retirado en sus pueblos de Tultitlán, que tenía en Nueva España, y al P. Francisco Baez que era Rector de Tepotzotlán le iba á visitar muy á menudo, para tomar consejo en las cosas de importancia que se le ofrecían, y vió muy en particular su acierto y lo ponderaba el mismo Virrey, en que habiendo ya S. E. tomado resolución de irse á España en la flota próxima de aquel año, y teniendo ya tan adelante esa resolución, que había prevenido su matalotaje para su viaje, se fué un día á Tepotzotlán á comunicarlo con el P. Francisco Baez, el cual le aconsejó que dilatase por aquel año su partida y esperase que viniesen las naos y avisos de España, que quizás en ellos declararían Dios su voluntad, y sucedió así, que á pocos meses llegó navío de aviso de España y en él vino nueva al Marqués de que S. M. le encomendaba segunda vez el gobierno de Nueva España, con que se echó de ver el acierto del consejo del P. Francisco Baez, y así luego que S. E. recibió el aviso, despachó un criado á Tepotzotlán que le diese al Padre la nueva, agradeciéndole juntamente el consejo tan acertado que le había dado y atribuyéndolo á superiores causas. No fué menor la aprobación que del mismo Padre dió el Conde de Monterrey (Virrey también de Nueva España), un día que habiendo estado con él el P. Francisco Baez, al despedirse, entrando inmediatamente un oidor, lo primero que el Conde le dijo fué: yo no sé las letras que tiene este Provincial, pero paréceme una de las principales cabezas que en mi vida he tratado. Y también cuando fué á España por Procurador la segunda vez, el Conde de Lemos, Presidente que entonces era del Consejo de Indias, le llamaba muchas veces y aun le iba á buscar á nuestro Colegio imperial, para informarse de algunas cosas de esta Nueva Es-

paña, aprobando mucho y siguiendo su parecer como muy acertado.

El curso todo de su vida fué muy igual, uniforme y de muy sólidas y perfectas virtudes, y un modo de santidad por una parte muy apacible y llano con que encubría las mercedes que Nuestro Señor le hacía, y por otra muy conforme al espíritu y reglas de la Compañía: en estas fué grandemente observante, acudiendo á los superiores cuando no lo era, por licencia para cualquier cosa por menuda que fuese, para recibir ó dar cosas tan menudas como una imagen ó estampa. En la pobreza, así en su vestido, huyendo de cosas nuevas, como en el aposento, anduvo con muy religioso cuidado, cercenando de cosas que no pareciesen muy necesarias. En seguir la comunidad fué muy observante, deseando aun en medio de sus achaques (que padecía muchos y continuos) no se le diese cosa particular, y rogando así siendo súbdito á los superiores y enfermeros, y regateando mucho comer carne los días prohibidos, hasta que expresamente le mandaron los superiores la comiese por su necesidad, y si cuando era Superior sucedía ponerle delante alguna cosa particular, mostrando pena de esto ordenaba que no se hiciese. En materia de castidad fué recatadísimo, y á este propósito tenía apuntadas particulares sentencias y dichos de los santos. Huía siempre, cuanto podía, el tratar con mujeres, y daba este consejo á los que tenía á su cargo, diciendo que cualquier recato en esta materia era muy corto. Su devoción á la Santísima Virgen fué muy conocida y afectuosa, y así le rezaba siempre su Oficio, Letanía, Rosario y otras devociones. Los sábados le ayunaba, aun cuando no podía por sus achaques, y le hacía otros algunos servicios especiales, trasladando hasta su vejez trataditos y papeles particulares que venían á sus manos y trataban de esta dulcísima devoción, la cual parece se la había pegado el glorioso San Bernardo, de quien fué siempre aficionado y devotísimo, no soltando de las manos sus escritos, que tenía leídos y sumados muchas veces, y así parece le había pegado la suavidad de su espíritu; confesando el P. Baez que por su medio y en su día había recibido de Dios muchas mercedes, de las cuales fué una, que siendo Provincial, llegando á estar muy malo de una esquinencia y con riesgo de la vida, encomendándose al santo en su día, echó por la boca una bolsilla de carne llena de materia, con que luego estuvo bueno y se halló libre de aquel peligro.

En sus penitencias fué muy continuo, pues hasta muy pocos días antes de su última enfermedad continuó las disciplinas y cilicios, de suerte que aun formaba después escrúpulo de demasía en esta parte, aunque la excusaba con decir que era poco lo que había hecho, y por no dejar ejercicio tan importante, excusaba cuanto podía el que se le diese cualquier alivio, procurando no ser cargoso ni aun á sus compañeros de aposento en el tiempo de su enfermedad; y en medio de los dolores que padecía, cuidaba de que se fuesen á comer ó dormir y descansar los que le asistían, y añadía que por no dar cuidado ó ser cargoso á los de casa con la enfermedad, deseaba morir presto.

Este dón de benignidad mostraba en las pláticas domésticas que hacía á los nuestros, con que les movía de suerte á abrazar la doctrina que platicaba, que los que lo oían confesaban salir de ellas con particular aliento para servir á Nuestro Señor, y en los sermones que predicaba (cuando pudo) tenía el mismo dón, y vez hubo, que no habiendo podido alcanzar de un Virrey de esta Nueva España toda la

gente grave de ella, eclesiásticos y seculares, que no sacase á afrentar (como quería) á cierta persona honrada de esta república, oyendo un sermón, en esta sazón, al P. Francisco Baez, en que tocó con mucha gracia y comedimiento a queste punto y la grandeza que era en los príncipes perdonar injurias, alcanzó con sus palabras suaves y eficaces lo que no habían podido alcanzar muchas juntas, y otra vez con sus ruegos y traza libró otro hombre honrado del riesgo en que estuvo de morir en la horca.

Sus devociones y ejercicios espirituales los tenía distribuidos por el día, y era puntualísimo en hacerlos á las horas señaladas, afligiéndose si alguna vez, por sus achaques, le era forzoso dejar alguno de ellos. La puridad de su conciencia fué grandísima, reparando en cosas muy menudas, que en ninguna manera eran ni tenían que ver con faltas. En la oración y recogimiento fué en lo que más resplandeció, porque era mucho el tiempo que en este santo ejercicio pasaba, y como ocupado en él no se le hacía pesado el recogimiento que guardaba en su aposento, antes se espantaban los de casa del retiro tan grande que procuraba, de suerte que si no era para las cosas de comunidad y muy necesarias, no le veían fuera de él, y cuando le era forzoso el salir del aposento sacaba la cabeza á ver si toparía gente en el cuarto para detenerse; principalmente cuando había gente seglar por los cuartos y cuando le visitaban é iban á ver, especialmente los tres años últimos en que él decía se preparaba para morir, procuraba acabar presto para quedarse encomendándose á Dios ó leyendo en sus libros devotos, y para esto se retiró del todo de visitas y cumplimientos de personas seglares, sintiendo mucho que algunos le visitasen, porque le parecía que le gastaban el tiempo que él tanto estimaba y cuya pérdida tenía por muy grande.

Lo más de su trato estos tres años era de la muerte y de prepararse para ella, diciendo que esto era lo que le convenía cuando ya no podía vivir mucho, y así convenía hacer tiempo y ganarle para la otra vida. Y conforme á esto, en los registros del *Contemptus mundi*, del Diurno, del Calendario y otros libros de devoción que más frecuentaba, los más papeles eran apuntamientos y sentencias de la muerte, y de la brevedad de la cuenta y del prepararse para ella. Y en uno de estos tenía un ejercicio particular con sus puntos divididos y las cosas que en orden á esta preparación había de hacer, y así decía el título: *Quid faciam ut moriatur anima mea morte justorum, et fiant novissima mea horum similia?* En estas preparaciones y deseos de morir le cogió su santa muerte, y lo más que en la enfermedad sentía era la dilación, pidiéndole al médico le mandase luego dar los Sacramentos y dijese el cuándo: repitiendo muchas veces aquello de San Pablo: *Cupio dissolvi et esse cum Christo*, y lo de David: *Heu mihi quia incolatus meus, prolongatus est*, y otras sentencias semejantes; y si los achaques crecían, se alegraba diciendo: «que ya Dios le quería hacer merced de llevarle para sí.» Pero si algún rato había alguna mejoría, preguntado de ella, respondía: «que lo que había de malo era haber sentido alguna, por parecerle que se le dilatava el tiempo de ver á Dios, que él tanto deseaba.» En fin, le cumplió Nuestro Señor sus deseos, porque después de muchos achaques que había sufrido y disimulado con gran paciencia estos últimos años de su vida, con ocasión de una calenturilla lenta que le sobrevino, hubo de hacer cama, no

pudiendo ya más disimular su achaque. Esta, aunque pequeña, junta con otros achaques de flaqueza de estómago que no podía tener nada de lo que comía, le fué consumiendo y gastando muy de priesa, de suerte que no le dejó más que el pellejo sobre los huesos, que admiraba ver la anatomía sola del cuerpo en que había quedado. Dispúsose muy bien estos días últimos de la enfermedad, recibiendo todos los Sacramentos y estándose todo el día en oración y encomendándose á Dios, deseando que no le impidiesen con visitas ni cumplimientos, por habérselas á solas con Nuestro Señor, puestas las manos y cerrados los ojos ó vuelto á un Cristo que tenía á su cabeza, que movía á devoción el verle, llevando con gran paciencia y con humildad con la voluntad de Dios los dolores de la enfermedad y congojas de ella, que al fin se echaba de ver eran muy grandes.

Vino á visitarlo, tres días antes que muriese, el señor Inquisidor D. Juan Gutiérrez Flores, que después pasó á visitar la Real Cancillería de Lima, y vino sólo (como él dijo) por recibir la bendición y besar la mano al P. Francisco Baez, como lo hizo, y pedirle le encomendase á Nuestro Señor en el cielo; aunque el santo Padre, por su humildad, se halló confuso y le pidió la mano y bendición agradecido (como era su costumbre) de la merced que en la visita recibía. Creyeron, los que se hallaron presentes, que supo la hora de su muerte, porque habiéndole velado algunas noches y pensando todos que no amaneciera, la última antes de su muerte él dijo que á la mañana se acabaría todo, y poco antes de las siete, sin haber jamás perdido los sentidos ni la mucha entereza que en ellos tuvo viviendo, pidió le volviesen á un lado y luego hizo señas le diesen el Crucifijo que tenía á la cabecera, con que los circunstantes echaron de ver que ya moría. Y juntándose los Padres y Hermanos de casa, y diciendo la recomendación del alma, la dió en breve en manos de Nuestro Señor con la paz con que siempre había vivido, dejando á todos sus hijos tan envidiosos de su vida y muerte como sentidos de la falta que un varón tan santo, con su presencia y consejo hacía en la Provincia. Hízose su entierro con mucho concurso de gentes y entre ellas algunos Prebendados de la santa Iglesia, dignidades y Canónigos y muchos caballeros, que como habían conocido al Padre en su vida y hacían tanta estima de él, la quisieron mostrar asistiendo á su entierro, pidiendo también por reliquias algunas cosas suyas de las que había tenido y usado en su vida. Murió este santo varón el año de 1619, á los 76 de su edad; los 53 de Compañía, 44 de sacerdocio y 36 de profesión de cuatro votos. Está enterrado en nuestro Colegio de México y su memoria quedó siempre viva en la Provincia que edificó con religiosísimos ejemplos de virtud tantos años. Escribió su vida el P. Juan de Laurencio, Provincial que fué de esta Provincia. Y yo puedo tener á buena dicha mía el haber tenido por mi maestro en el noviciado, 50 años antes del en que escribió esta historia, al venerable P. Francisco Baez, y puedo ser testigo de sus religiosísimas virtudes que quedan referidas, el cual admitió el oficio de maestro de novicios después de haber sido Provincial, aunque tan inferior á éste; porque el motivo que siempre tuvo este santo varón para encargarse de oficios, no fué otro que el de la mayor gloria divina y de la santa obediencia.